

Título: CAZADOR DE MENTES. SOBRE LOS ASESINOS EN SERIE (MINDHUNTER)

Autor: John Douglas

Edición: 2018

Barcelona: Editorial Planeta
409 páginas

John Douglas ha publicado un recuento de sus años de trabajo como miembro de la agencia del FBI encargada de elaborar perfiles de criminales, en especial, de los llamados asesinos seriales, término creado por él dicho sea de paso. En este libro de 409 páginas nos informa, por momentos con mucho detalle, casos en los que participó y que permitieron dar con el paradero del asesino. Las motivaciones, características de personalidad, el modus operandi, la “firma personal” entre otros aspectos son desarrollados con un lenguaje sencillo pero no por eso menos académico. Un asesino en serie, recordemos, es un sujeto que aprende con la experiencia y tiende a mejorar a medida que comete sus crímenes, perfecciona su escenario del crimen y según el autor, no se detiene salvo que lo atrapen o lo maten.

Douglas pasó muchos años visitando a los peores asesinos seriales en las cárceles de máxima seguridad y entrevistándolos logrando así elaborar protocolos y perfiles que poco a poco fueron marcando un hito dentro de la agencia del FBI hasta lograr consolidar una fuerte y respetada unidad de investigación del comportamiento criminal, la cual continúa hasta la actualidad. Incluso elaboró, junto a su equipo, el Manual de clasificación de crímenes en 1992.

El libro Cazador de mentes presenta diecinueve capítulos, algunos de estos títulos son: En la mente del asesino (Capítulo 1), Entre dos mundos (Capítulo 4), El corazón de las tinieblas (Capítulo 7), El asesino tendrá un defecto del habla (Capítulo 8), Todo el mundo tiene un punto débil (Capítulo 10), ¿Quién mató a la típica chica americana? (Capítulo 14), Cualquiera puede ser una víctima (Capítulo 17), entre otros.

Luego de iniciar el libro de manera autobiográfica John Douglas nos invita a ingresar en el mundo de la

criminalidad y en especial de los asesinatos, un mundo sórdido y aberrante pero de mucho interés para los motivados a conocer hasta los últimos vericuetos del alma humana. Y en ese sentido un asesino, y más aún un asesino serial, es el extremo de lo humano, el límite peligroso que separa a una persona adaptada y normal de otra excesivamente destructiva y sádica.

¿Qué ocurrió?, ¿por qué ocurrió, como ocurrió? ¿por qué escogió a esta víctima entre otras víctimas potenciales? ¿cómo fue asesinada?, y finalmente ¿quién podría haber cometido este crimen? Son algunas de las interrogantes que el autor proponía responder como parte de su trabajo en la agencia de investigación criminal del FBI. Hoy ya se encuentra retirado aunque sigue brindando algunas asesorías y conferencias.

Merece la pena colocar algunas citas del texto desplegadas a través de estos diecinueve capítulos para darnos una idea de su contenido. Pasaremos a continuación a señalar las elegidas:

- Cada vez más crímenes son obra de o se cometen contra “desconocidos” y en muchos casos no tenemos una motivación con la que trabajar, por lo menos no una motivación evidente o lógica (pág. 30).
- He hablado de la importancia que tiene para nosotros ponerse en la piel y la mente del asesino desconocido. Durante nuestras investigaciones y experiencia hemos descubierto que es igual de importante, por muy doloroso y desgarrador que sea, poder ponernos en el lugar de la víctima. Solo cuando tenemos una idea firme de cómo habría reaccionado una víctima a las atrocidades que le estaban infligiendo podemos entender de verdad la conducta y las reacciones del asesino (pág. 35).
- Había algo inherente, en lo más profundo de la mente y la psique del criminal, que lo empujaba a hacer las cosas de una determinada manera. Más tarde, cuando empecé a estudiar las mentes y las motivaciones de los asesinos en serie, cuando empecé a analizar las escenas del crimen en busca de pistas de comportamiento, buscaba el elemento o conjunto de elementos que hacían que saliera a la luz el crimen y el

criminal, “que representara lo que era”. Al final encontré el término “firma” para describir ese elemento púnico y de obsesión personal, que se mantenía estático. Lo utilizaba para distinguirlo del tradicional modus operandi, que es fluido y puede cambiar (pág. 71).

- Las únicas ocasiones en que (Ed Kemper) se puso lloroso fue recordando cómo lo trataba su madre (pág. 116).
- Crueldad en la infancia con los animales pequeños, junto con la enuresis más allá de lo normal y el provocar incendios se conoce como la “triada homicida” (pág. 117).
- Las tres motivaciones más comunes de los violadores y asesinos en serie son la dominación, la manipulación y el control (pág. 117).
- Una de las distinciones clave que descubrimos era si un agresor era organizado o desorganizado, o mostraba un patrón mixto (pág. 138).
- Gracias al estudio y a mi trabajo desde entonces me he vuelto muy, muy pesimista con todo lo que se parezca remotamente a la rehabilitación de la mayoría de asesinos con motivaciones sexuales. Si algo puede tener aspiraciones a funcionar, tiene que llegar en una etapa mucho más temprana, antes de alcanzar el punto en que la fantasía se hace realidad (pág. 143).
- Los múltiples disparos, como las múltiples puñaladas, indican el grado de la ira del perpetrador (pág. 151).
- Todo el mundo tiene un punto débil (pág. 202).
- Sabemos que muchos asesinos en serie vuelven a los escenarios del crimen y a los lugares donde abandonaron los cuerpos (pág. 219).
- En los EEUU, los asesinatos o intentos de asesinato por encargo de esposas son más frecuentes de lo que nos gustaría creer (págs. 247-248).
- Los asesinos en serie juegan un juego muy peligroso. Cuanto más entendamos como juegan, más podremos jugar nuestras cartas contra ellos (pág. 271).
- La estrangulación manual es un crimen de tipo personal. Un desconocido no elegirá ese método de muerte (pág. 305).

Modus operandi y firma del criminal

John Douglas diferencia modus operandi de firma. Así, el modus operandi es lo que hace el autor para cometer el crimen. Es dinámico, es decir, puede cambiar, nos dice el experto. La firma, por su parte, (término que el mismo acuñó) es lo que el criminal tiene que hacer para sentirse pleno, necesita hacerlo y es estático no cambia. Un ejemplo del propio autor nos ayudará a tener clara la diferencia. Dice en la página 264: “Tomemos el caso de un ladrón de bancos en Texas que obligó a desnudarse a todos los rehenes, los colocó en posturas sexuales y les hizo fotografías. Eso es “su firma”. No era necesario ni le ayudaba a atracar el banco. De hecho, le obligaba a permanecer más tiempo y por tanto corría gran peligro de ser detenido. Pero era evidente que necesitaba hacerlo”. Y a continuación indica: “Había un ladrón de bancos en Grand Rapids, Michigan. Este tipo también obligó a desnudarse a todo el mundo en el banco, pero no hizo fotografías. Lo hizo para que los testigos estuvieran tan preocupados y avergonzados que no lo miraran y por tanto no pudieran identificarlo más adelante. Era un medio para atracar el banco. Era su modus operandi”.

El experto diferencia también, entre montar una escena y simular otra. La primera aparece cuando el agresor intenta distorsionar la investigación haciendo creer a la policía que ocurrió algo distinto, como cuando un violador intenta que su delito parezca un robo rutinario. Este sería un aspecto de su modus operandi. El montaje, en cambio sería la firma.

En este libro el autor nos permite conocer más sobre algunos de estos asesinos triste y mundialmente famosos como Jack El destripador (incluso en el capítulo 19 lanza un posible nombre detrás de este famoso caso inglés del siglo diecinueve), Ed Gein (quien terminó falleciendo en un hospital psiquiátrico habiendo sido un paciente ejemplar), Ed Kemper “el asesino de las colegialas” (quien tenía un coeficiente intelectual de 145), Charles Manson, Richard Speck, David Berkowitz “El hijo de Sam”, Carmine Calabro, Darrel Gene Devier, Wayne Williams, Robert Hansen, Steve Pennell, George Russell Jr., Larry Gene Bell y Ted Bundy. A casi todos ellos, salvo claro al primero, Douglas los entrevistó extensamente junto a su equipo de colegas del FBI, a quienes menciona a lo largo del libro. Sus perfiles junto a una serie de interesantes datos

de los casos así como de sus vidas son considerados en el texto.

Observar, analizar, investigar, entrevistar, comparar, deducir, inducir, anticipar son algunas de las tareas de un perfilador de criminales y en ese sentido, como psicólogos, un trabajo así de minucioso –que incluso le costó un infarto al autor por estrés laboral acumulado- bien merece ser tenido en cuenta con propósitos de diagnóstico y de comprensión de la mente de la gente.

Antes de terminar esta reseña considero oportuno colocar, a manera de ejemplo, uno de los tantos perfiles mostrados en la obra que elaboró el experto para ayudar a la policía a ir tras los pasos de asesinos como Charles “Butch” Soult en los años ochenta (condenado por asesinato en primer grado): “Pensé que la policía debía buscar a un hombre blanco, de entre diecisiete y veinticinco años, aunque avisé de que si vivía en una zona apartada podría ser mayor porque el desarrollo social sería más lento. Sería delgado o escuálido, solitario, no exactamente una lumbrera (un tipo listo) en el instituto, introvertido, probablemente aficionado a la pornografía. La infancia sería clásica: una familia rota y disfuncional, con un padre ausente y una madre dominante y sobreprotectora. Ella le habría dado a entender que todas las mujeres eran malas excepto ella” (pág. 188).

Los hechos demostrarían la gran coincidencia entre la realidad y el perfil elaborado.

Otro dato por demás interesante mencionado es cuando un asesino en serie en actividad se detiene de pronto, esto puede explicarse de tres maneras: la primera cuando el asesino se suicida (por culpa, se ha visto en algunas personalidades); la segunda es que se haya marchado de la zona y esté continuando su actividad en otro sitio (recordemos el extenso territorio de ciertos países como los EEUU); y la tercera razón es por haber sido detenido por algún delito menor (robo) y así desaparece de la escena por un tiempo.

¿Estos criminales nacen así o se hacen?, ¿se pueden disminuir estos crímenes?

Nos preguntamos a medida de la lectura de este libro si se puede frenar (está claro que eliminarlo no)

reducir o evitar este tipo de crímenes y este tipo de criminales. Y el autor nos da una respuesta al final del último capítulo, respuesta con la que coincidimos plenamente. Dejamos que sea el mismo autor quien responda a estas preguntas:

“Más policía, más tribunales y más cárceles, y mejores técnicas de investigación están bien, pero la única manera de reducir el crimen es que todos nosotros simplemente dejemos de aceptarlo y tolerarlo en nuestras familias, nuestros amigos y nuestros conocidos. Es la lección que extraemos de otros países con índices mucho menores que los nuestros (EEUU). El crimen es un problema moral. Solo se puede solucionar en el plano moral. Durante todos mis años de experiencia investigando y tratando a agresores violentos, jamás me he encontrado con uno que procediera de lo que consideramos un buen entorno y una unidad familiar funcional y que ofrezca apoyo. Creo que la gran mayoría de agresores violentos son responsables de su conducta, tomaron sus decisiones y deberían asumir las consecuencias de lo que hicieron. Es ridículo decir que alguien no aprecia la gravedad de lo que ha hecho porque solo tiene catorce o quince años. No obstante, veinticinco años de observación me dicen también que los criminales “se hacen” más que “nacen”, lo que significa que en algún momento alguien que ejerció una influencia profundamente negativa podría haber ejercido en cambio una profundamente positiva. Así que lo que creo de verdad es que, además de más dinero, policía y cárceles, lo que necesitamos es más amor. No es ser simplista, es el núcleo del problema”.

Hay que señalar que este libro ha inspirado una serie en la plataforma Netflix con el mismo nombre (Mindhunter) con relativo éxito. Parece que la mente y el comportamiento de estas personas extremas, los asesinos en serie, son atractivos por su oscuridad, motivos y antecedentes. Al finalizar el capítulo 7 (pág. 155) el autor señala lo siguiente: El viaje a la mente del agresor violento sigue siendo una búsqueda constante del descubrimiento. Los asesinos en serie son, por definición, asesinos “de éxito” que aprenden de la experiencia. Solo tenemos que aprender más rápido que ellos”.

Para terminar, invitamos a las estudiantes y colegas a leer esta obra, sobre todo para fortalecer nuestros apuntes en los cursos de psicopatología, psicología de la personalidad, psicología social y psicología criminal. Douglas en la página 148 nos deja una sugerencia: “Una de las cosas que esperamos haber conseguido con el estudio de personalidades criminales y nuestro trabajo desde entonces es despertar la conciencia entre la comunidad de la salud mental de las limitaciones de los relatos del paciente

en cuanto a conducta criminal...”, “un asesino en serie o un violador es un manipulador, narcisista y totalmente egocéntrico. Le dirá a un agente a cargo de la condicional o a un psiquiatra penitenciario lo que éste quiera oír, lo que haga falta para salir de la cárcel o quedarse en la calle”. Y en la página 317 nos da una advertencia: “Cuando haces el tipo de cosas que hacemos mi unidad y yo para ganarte la vida, debes mantener la distancia y objetividad del material y el tema del caso. Si no, te vuelves loco”.

Manuel Arboccó de los Heros

Universidad Femenina del Sagrado Corazón, Perú

manoloarbocco@gmail.com

<http://orcid.org/0000-0002-8481-310X>